

Caminos de oraje

An illustration of a brown hand reaching up, with a monarch butterfly perched on its index finger. The butterfly has orange wings with black and white markings.

Mujeres lideresas migrantes, una memoria compartida:
Historias de mujeres migrantes que transforman comunidades.



OXFAM



FLACSO
COSTA RICA



LANKIDETZARAKO ETA
ELKARTASUNERAKO
EUSKAL AGENTZIA
AGENCIA VASCA DE
COOPERACIÓN Y
SOLIDARIDAD

Créditos

Carolina Picado Pomarth, Autora investigadora y coordinadora de proyecto
Catalina Benavides Fonseca, Asistente investigación
María Amalia Amador Fournier, Asistente investigación

Las opiniones, reflexiones y contenidos presentados en esta publicación son responsabilidad exclusiva de la autora y se basan en las historias compartidas por las participantes. Su contenido no refleja necesariamente las opiniones, posiciones o políticas de las organizaciones socias ni de las agencias de cooperación que financiaron este proyecto.

Coordinación del proyecto:

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Organizaciones financiadoras
Agencia Vasca de Cooperación y Solidaridad
Oxfam Intermón

Mujeres participantes

Lideresa 1: Mariela

Lideresa 2: “Lucía” (Seudónimo)

Lideresa 3: Bercilia

Lideresa 4: Sinforosa

Lideresa 5: “Jazmín” (Seudónimo)

Lideresa 6: “Margarita” (Seudónimo)

Lideresa 7: Cristi Catrina

Lideresa 8: Fanny Aracely

Diseño gráfico e ilustración

José Andrés Mora Navarro



Indice

¡Antes de empezar a caminar..!!	4
Mariela	7
Lucía	10
Bercilia	14
Sinforosa	19
Jazmín	23
Margarita	26
Caminos que apenas comienzan	29
Cristi	30
Fanny	33
Un camino que continúa	36



¡Antes de empezar a caminar..!!

La vida es un andar. Un camino que a veces se recorre con tranquilidad y otras veces exige una fuerza que no imaginábamos tener. No todas las personas lo transitan en las mismas condiciones. Algunas avanzan con los recursos necesarios para enfrentar los desafíos que encuentran; otras apenas llevan consigo lo indispensable, o solo el calzado con el que un día tuvieron que empezar de nuevo. Para seguir adelante, hace falta coraje.

Este libro reúne los caminos de ocho mujeres migrantes que se han convertido, o vienen formándose, como lideresas comunitarias. Han recorrido espacios marcados por la incertidumbre, las pérdidas, los cambios y los nuevos comienzos. Y, aun cuando muchas de esas incertidumbres siguen presentes, han decidido tender la mano a otras mujeres que hoy atraviesan caminos similares.

Las páginas que siguen no buscan contar toda una vida. Son una invitación a detenernos en algunos momentos que permiten comprender los desafíos que enfrentan muchas mujeres migrantes, pero también la fuerza, la solidaridad y la esperanza con las que transforman sus comunidades.

Algunas de las protagonistas aparecen con un seudónimo, respetando su decisión de resguardar su identidad. Cada relato fue construido a partir de las entrevistas y encuentros realizados en el marco del proyecto Caminos de Coraje, procurando conservar el sentido de sus palabras y la dignidad de sus experiencias.

Ojalá que estas páginas inviten a mirar la migración con otros ojos: desde la humanidad, la memoria y el reconocimiento de quienes, aun enfrentando grandes desafíos, siguen abriendo camino para otras.



A stylized illustration in shades of blue and white. At the top, there are dark blue, cloud-like shapes. Below them, a family of five is silhouetted as they walk across a rolling hill. The family consists of an adult, a small child, and three other figures. Below the hill, a river flows, represented by white, wavy lines on a blue background. The overall style is minimalist and evocative.

Hay caminos que solo
pueden recorrerse con
coraje.

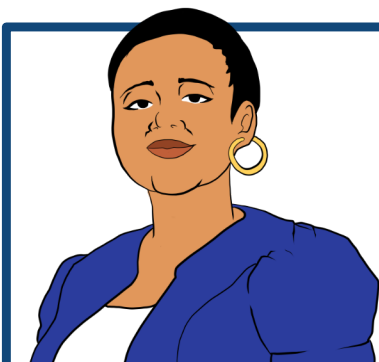
Un coraje que nace del amor,
de la esperanza y del deseo
de construir una vida mejor.



Las mujeres que hoy son lideresas comienzan sus caminos mucho antes de cruzar la frontera, las conoceremos.



Bercilia



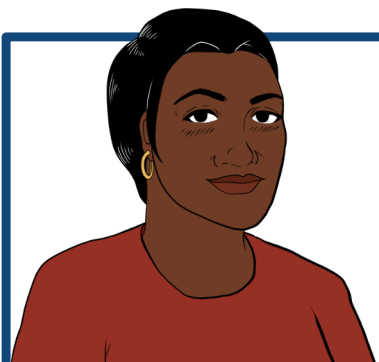
Lucía



Jazmín



Mariela



Cristi



Fanny



Sinforosa



Margarita

Cuando una mujer encuentra su camino, muchas otras descubren que también pueden recorrer el suyo.



Mariela



Mariela

"...yo soy una persona ahora que yo puedo decir que yo tengo una identidad... soy una persona diferente. Es una Mariela diferente."

Cuando Mariela recuerda su historia, no la cuenta como una sucesión de dificultades. La cuenta como un camino de transformación.

Llegó a Costa Rica siendo muy joven. Como muchas mujeres migrantes, tuvo que empezar de nuevo mientras construía una vida para su familia. Con el paso de los años enfrentó momentos muy difíciles, entre ellos una relación marcada por la violencia. Hablar de ese tiempo todavía duele, pero también le permite reconocer la fuerza que encontró para salir adelante y continuar.

Ese camino no lo recorrió sola.

En distintos momentos de su vida encontró personas y organizaciones que le tendieron una mano. Sin imaginarlo, años después comprendería que esa ayuda cambiaría profundamente su manera de verse a sí misma y de relacionarse con otras mujeres.

Mariela recuerda con especial cariño su acercamiento a la Fundación Cenderos. Llegó por invitación de otra persona, sin saber muy bien de qué se trataban aquellas reuniones. Poco a poco comenzó a participar en las Tardecitas de Café, espacios donde las mujeres conversan, comparten experiencias y reciben acompañamiento psicológico, emocional y comunitario. Cuando el grupo se quedó sin un lugar donde reunirse, ella no dudó en ofrecer su propia casa para que las reuniones continuaran. "Esto no se puede morir, esto va a seguir", recuerda haber pensado en ese momento.

El proceso no fue fácil.

Después de muchos años de violencia, empezó a experimentar ataques de pánico. Ella misma recuerda cómo sentía deseos de correr sin saber por qué, cómo lloraba y buscaba ayuda para entender lo que le estaba ocurriendo. Gracias al acompañamiento psicológico y a los espacios de arteterapia, comenzó un proceso de recuperación que transformó su vida.

Hoy habla de ese proceso con una frase sencilla, pero poderosa:

"Es una Mariela diferente."

Para ella, esa diferencia significa muchas cosas. Significa reconocerse como una mujer con identidad, sentirse capaz de terminar lo que empieza y descubrir que todavía puede seguir aprendiendo. Después de iniciar su proceso de recuperación estudió Asistente de Pacientes, continuó formándose en podología y no deja de buscar nuevas oportunidades de aprendizaje. Más de una persona le ha dicho que ya no tiene edad para seguir estudiando. Ella responde con tranquilidad que, mientras tenga ganas de aprender, seguirá haciéndolo.



Uno de sus profesores le repetía constantemente: "Tienen que seguir soñando." Ese consejo quedó grabado en su memoria. Desde entonces, cuando piensa en el futuro, imagina un árbol lleno de ramas, donde cada nuevo conocimiento abre otra posibilidad. Para Mariela, estudiar no es solo obtener un título; es demostrar que siempre se puede crecer.

Ese mismo deseo de crecer es el que hoy comparte con otras mujeres.

Participa activamente en los grupos comunitarios, acompaña procesos, promueve que las mujeres conozcan sus derechos y anima a otras a organizarse. Está convencida de que una comunidad cambia cuando las mujeres encuentran espacios para escucharse, apoyarse y descubrir que no tienen que enfrentar solas sus problemas. En el barrio donde vive, esos encuentros han permitido que muchas personas conozcan servicios de apoyo psicológico, orientación migratoria y actividades para niñas, niños y mujeres.

Cuando habla de su historia, Mariela no se presenta como alguien que venció todas las dificultades. Se reconoce como una mujer que sigue aprendiendo, que todavía tiene sueños y que encontró en el acompañamiento a otras personas una manera de darle sentido a lo vivido.

Quizá por eso, cuando dice que hoy tiene identidad, no habla solamente de quién es.

Habla también de la mujer que decidió llegar a ser.

Lo que deja este camino

- Sanar también puede convertirse en una forma de acompañar a otras personas.
- Aprender y estudiar no tienen edad cuando existen el deseo y las oportunidades.
- Las redes entre mujeres fortalecen a las personas y también a las comunidades



Lucía



Lucía

"No hay mejor alegría, no hay mayor felicidad que usted sea una persona libre"

Lucía nació y creció en Nicaragua, en una familia campesina donde el trabajo era parte de la vida diaria. Desde pequeña aprendió a ordeñar vacas, cuidar animales, hacer queso y colaborar en las distintas tareas de la finca. Aquellos conocimientos no solo le enseñaron un oficio; también le mostraron el valor del esfuerzo, la solidaridad y el trabajo compartido.

Cuando recuerda su infancia, habla con cariño de sus padres. Nunca presencié episodios de violencia entre ellos. Al contrario, creció viendo una relación basada en el respeto, el trabajo conjunto y el compromiso con la familia. Aún hoy permanecen juntos. Esa experiencia marcó profundamente su manera de entender lo que debía ser un hogar.

Años después, cuando formó su propia familia, comenzó a notar que la relación que vivía era distinta. Poco a poco fue dejando de tomar decisiones por sí misma. Sus proyectos personales quedaron en un segundo plano y, casi sin darse cuenta, fue perdiendo su autonomía. Con el tiempo comprendió que se había convertido en una mujer sumisa, una realidad que contrastaba con los valores con los que había crecido.

Llegó un momento en que decidió cambiar el rumbo de su vida.

Con seis hijos e hijas a su cargo, tomó la difícil decisión de separarse y empezar de nuevo. No sabía con certeza qué encontraría en el camino, pero tenía claro que necesitaba recuperar la tranquilidad para ella y su familia.

En ese momento apareció la solidaridad de otra mujer.

La propietaria de una finca le ofreció un lugar donde vivir junto con sus hijos. A cambio, Lucía colaboraba con las labores de la propiedad. Los conocimientos que había aprendido de niña, trabajando junto a sus padres entre ganado, leche y queso, se convirtieron entonces en la posibilidad de alimentar a sus hijos y ofrecerles un techo seguro.

Aquella experiencia le dejó una enseñanza que nunca olvidó.

Cuando una mujer encuentra apoyo en otra mujer, el camino puede cambiar por completo.

Con el paso del tiempo, el padre de sus hijos volvió a buscarla. Uno de sus hijos le pidió que le diera una nueva oportunidad y, con la esperanza de reconstruir la familia, Lucía decidió volver a recibirlo.

La vida, sin embargo, volvió a ponerla frente a nuevas pruebas.

Años después, un accidente dejó a su compañero con importantes limitaciones físicas. Lucía decidió quedarse a su lado y asumir gran parte de su cuidado. Lo hizo por humanidad. Lo acompañó durante su recuperación, realizó gestiones para que obtuviera una pensión y continuó sosteniendo muchas de las responsabilidades del hogar.



Pero el accidente no transformó la relación de la manera que ella esperaba.

Con el tiempo empezaron a aparecer otras formas de violencia. Las amenazas, las descalificaciones, la presión psicológica y la falta de apoyo económico continuaron afectando la tranquilidad del hogar. Aunque él recibía una pensión, ese ingreso no se traducía en bienestar para la familia. Además, a pesar de sus limitaciones físicas, encontraba la manera de salir a consumir alcohol y regresar de madrugada, reproduciendo un ambiente de tensión e incertidumbre.

Fue entonces cuando Lucía comenzó a hacerse nuevas preguntas.

¿Hasta dónde llega el deber de cuidar?

¿En qué momento cuidar a otra persona significa dejar de cuidarse a una misma?

Mientras enfrentaba esas dudas, encontró un espacio donde pudo volver a escucharse.

Su participación en organizaciones que acompañan a mujeres migrantes le permitió comprender que muchas otras mujeres habían vivido procesos parecidos. Allí recibió orientación, fortaleció su confianza, conoció mejor sus derechos y descubrió que pedir apoyo no era una muestra de debilidad, sino un acto de valentía. Aquellos espacios también le permitieron recuperar algo que durante muchos años había sentido lejano: su propia voz.

Poco a poco volvió a participar en capacitaciones, en actividades comunitarias y en procesos de liderazgo. Descubrió que acompañar a otras mujeres también era una forma de sanar y que las experiencias más difíciles podían transformarse en herramientas para apoyar a quienes apenas comenzaban su propio camino.

Hoy continúa comprometida con su comunidad porque sabe que una palabra de apoyo, una orientación o simplemente escuchar a otra mujer pueden marcar una diferencia, tal como ocurrió con ella cuando más lo necesitó.

Su historia todavía sigue escribiéndose.

Sabe que aún debe tomar decisiones importantes. No habla desde el resentimiento. Habla desde la convicción de que ninguna mujer debería perder su autonomía, su identidad o su tranquilidad para sostener una relación o para cuidar a otra persona.

Cuando piensa en el futuro, no menciona bienes materiales ni grandes aspiraciones.

Habla de algo mucho más sencillo y, al mismo tiempo, profundamente valioso.

La tranquilidad.

No busca venganza. No busca reproches.

Busca poder dormir sin miedo, asistir a sus capacitaciones con la mente en calma, seguir aprendiendo y continuar apoyando a otras mujeres desde la experiencia que ella misma ha construido.

Porque comprendió que la autonomía, la identidad y la libertad también se cuidan.

Y que cuidar a otra persona nunca debería significar renunciar a ellas.



Su historia termina, por ahora, con una pregunta que sigue acompañándola:

¿En qué momento cuidar a otra persona también significa empezar a cuidarse a una misma?

Lo que este camino nos recuerda

- Recuperar la autonomía puede ser un proceso largo, pero cada decisión que fortalece la dignidad abre nuevas posibilidades para las mujeres y sus familias.
- Las redes de apoyo, la solidaridad entre mujeres y el acompañamiento de las organizaciones comunitarias pueden convertirse en un punto de inflexión para reconstruir proyectos de vida.
- El cuidado es un acto profundamente humano, pero nunca debe justificar la permanencia de relaciones donde persisten la violencia psicológica, patrimonial, las amenazas o cualquier forma de vulneración de los derechos de las mujeres.



Bercilia



Bercilia

“...entonces yo me siento orgullosamente soy misquita y me gustaría ayudar a mi gente”.

Bercilia nació en la comunidad miskita de Lamlaya, en Puerto Cabezas, Nicaragua. Creció en una familia humilde donde el trabajo comenzaba antes del amanecer. Su padre pescaba camarones, trabajaba en el monte y hacía todo lo posible para sostener a la familia. Su madre vendía los productos que él llevaba a casa y ella, como hija mayor, cuidaba de sus hermanos mientras apenas podía continuar sus estudios.

Su primer idioma fue el miskitu. El español lo aprendió años después, cuando salió de su comunidad. Recuerda que, al llegar a otros lugares, era como caminar sin entender lo que las personas decían. Comprendió que no hablar el idioma también podía significar quedarse sin información, sin ayuda y sin oportunidades.

Muy joven formó una familia. Sin embargo, la convivencia con su primera pareja estuvo marcada por la violencia. En uno de aquellos episodios, en la que el hombre la agredía, su hijo, quien apenas era un niño intervino para defenderla, fue desde esa madrugada en la que Bercilia, tomó una decisión que cambiaría su vida: nunca volvería con él. Poco tiempo después dejó a sus hijos al cuidado de su familia y migró a Costa Rica buscando un lugar seguro donde trabajar y enviarles el sustento.

Los primeros años en Costa Rica fueron difíciles. Perdió sus documentos, pasó noches sin un lugar donde dormir. Más adelante consiguió empleo en labores agrícolas y luego en una empresa donde trabajó durante varios años. Todo lo que ganaba lo enviaba a Nicaragua para sostener a sus hijos.

Durante la pandemia volvió a enfrentar una situación que marcaría su vida. Embarazada de su hija menor, sin apoyo familiar y sin trabajo, decidió marcharse a Limón para comenzar de nuevo. Allí encontró empleo y, tiempo después, conoció a quien hoy es el padre legal de su hija, un hombre que la acompañó durante el embarazo y le brindó estabilidad en uno de los momentos más difíciles de su vida.

Pero el nacimiento de su hija estuvo lejos de ser el inicio tranquilo que imaginaba.

Con ocho meses de embarazo fue internada en el hospital porque tenía el azúcar muy alta. Permaneció varios días hospitalizada. Recuerda que le colocaron medicamentos y un suero que la hicieron sentir que le faltaba el aire. Pensó que iba a morir.

Cuando comenzaron los dolores del parto estaba sola.

Sintió que la bebé ya estaba naciendo. Miró a su alrededor y no había personal médico. Con esfuerzo logró incorporarse para pedir ayuda. Durante varios minutos permaneció sola hasta que otra paciente comenzó a llamar a las enfermeras. Su hija nació en medio



de esa angustia y, según recuerda, ni siquiera respiraba cuando finalmente llegaron a atenderla. Después del parto sufrió una severa hemorragia, una situación que Bercilia ya había vivido en partos anteriores, ella le explicaba a la enfermera del hospital esa situación, sin embargo ella no le comprendía. Nadie acudía a revisarla y, desesperada, tomó unas cápsulas de amoxicilina que llevaba consigo porque sintió que debía hacer algo para sobrevivir.

Fue entonces cuando apareció una enfermera miskita.

Escuchar su propio idioma en medio del miedo cambió completamente aquella experiencia. La enfermera comprendió lo que estaba ocurriendo, la atendió y permaneció a su lado. Años después, durante un examen médico realizado gracias a una organización social, le explicaron que las complicaciones del parto y la falta de una atención adecuada pudieron dejar secuelas que hoy afectan su salud ginecológica. Actualmente continúa en seguimiento médico por lesiones.

Poco tiempo después enfrentó otro momento que nunca olvidará.

Su hija enfermó gravemente en Limón y no era atendida adecuadamente. Al verla empeorar, tomó un autobús de madrugada rumbo al Hospital Nacional de Niños en San José. Allí los médicos le dijeron que había llegado justo a tiempo: uno de sus pulmones estaba gravemente comprometido y, de haber esperado un día más, probablemente no habría sobrevivido. Esa experiencia reforzó una convicción que hoy comparte con otras madres: la atención oportuna puede salvar vidas.

Cuando llegó a Monte Alto de Concepción de Alajuelita descubrió que las dificultades no terminaban con encontrar una vivienda.

En la comunidad viven decenas de familias miskitas que enfrentan diariamente problemas para acceder al agua. No hay disponible agua potable en ninguna vivienda. Las familias suelen levantarse entre las dos y las tres de la madrugada para ir hasta la parte baja de la loma, donde un único tubo abastece a decenas de familias. Después deben cargar los baldes cuesta arriba por un camino empinado que, cuando llueve, se convierte en un barrial peligroso.

Más arriba, las propias familias aprovecharon una pequeña naciente colocando un tubo artesanal. Esa agua la utilizan para bañarse y, después de hervirla, para cocinar. Muchas personas se bañan al aire libre junto al tubo porque no tienen otra alternativa. Para lavar la ropa recurren al río, aunque saben que está contaminado. Las diarreas, las infecciones estomacales y las infecciones vaginales son frecuentes. Hay días en que algunas familias pasan más de tres días sin poder bañarse. Además, en ocasiones reciben amenazas de personas ajenas a la comunidad que les advierten que podrían cerrarles el acceso al agua si no "se adaptan" a sus costumbres. Ese recurso básico, que debería ser un derecho, termina convirtiéndose también en una fuente de incertidumbre. A estas dificultades se suman las barreras para acceder a la salud. Bercilia acompaña con



frecuencia a mujeres que tienen miedo de acudir al EBAIS porque no hablan español o porque creen que sus hijos no serán atendidos por no tener documentos. Ella misma ha visto cómo algunas familias regresan sin medicamentos o sin recibir la atención que esperaban. También piensa en las mujeres embarazadas, en las personas adultas mayores y en quienes viven con una discapacidad, para quienes subir la loma representa un riesgo adicional antes incluso de llegar a una consulta médica.

Todas esas experiencias cambiaron profundamente su manera de ver la vida.

Bercilia recuerda que antes vivía con un corazón herido. Sentía enojo, tristeza y desconfiaba de las personas. Fue el acompañamiento recibido en Fundación Cenderos, ASUMA, ACNUR, la Iglesia Cristo Rey y otras organizaciones el que le permitió sanar poco a poco. Participó en talleres, recibió apoyo psicológico, conoció sus derechos y descubrió que podía transformar su propia historia en una oportunidad para ayudar a otras personas. Ella misma dice que ahora es una mujer diferente.

Hoy es lideresa de la comunidad miskita en Concepción de Alajuelita.

Traduce para las mujeres que no hablan español, organiza la distribución de ropa, útiles escolares y artículos de primera necesidad, gestiona apoyos con distintas organizaciones y acompaña a quienes necesitan orientación para realizar un trámite o acceder a un servicio. También participa en las gestiones para mejorar el acceso al agua y las condiciones de vida de la comunidad, convencida de que ninguna familia debería vivir sin un recurso tan básico.

Bercilia habla con orgullo de sus raíces. Está convencida de que ser miskita no es una limitación, sino una riqueza que merece ser reconocida y respetada. Todo lo que ha vivido —la violencia, la migración, las barreras del idioma, la falta de acceso al agua y a la salud— no la alejaron de su comunidad; por el contrario, fortalecieron su compromiso con ella.

Hoy su mayor deseo es que ninguna mujer tenga que enfrentar sola un camino como el suyo.

Porque sabe, por experiencia propia, que una mano tendida, una palabra en el idioma correcto o una comunidad que acompaña pueden cambiar el rumbo de una vida entera.

Lo que este camino nos recuerda

- La lengua, la cultura y la identidad son parte de la riqueza de las comunidades migrantes. Reconocerlas y respetarlas facilita el acceso a derechos y fortalece la participación comunitaria.



- El acompañamiento de organizaciones sociales y de personas solidarias puede transformar una experiencia de vulnerabilidad en una oportunidad para fortalecer el liderazgo y la participación.
- El liderazgo comunitario también se construye en los gestos cotidianos: traducir para quien no entiende un trámite, compartir información, organizar apoyos y recordar que ninguna persona debería enfrentar sola las dificultades de la migración.



Sinforosa



Sinforosa

“...Usted no siente nada?, Dios ya lo tocó el corazón a alguien, ¿usted no mira que ya está preparándolo para nosotros?..

Hay personas que, sin proponérselo, terminan convirtiéndose en el corazón de una comunidad.

Así es Sinforosa.

Cuando alguien llega a la finca buscando a las familias miskitas, preguntan por ella. Si una organización quiere conocer las necesidades de la comunidad, es ella quien recibe a las visitas. Si hace falta traducir del miskitu al español, explicar un trámite o acompañar a una familia, nuevamente aparece Sinforosa. No porque alguien la haya nombrado, sino porque la comunidad confía en ella. Ella misma dice que todos la están viendo y que no puede abandonar a su gente.

Su historia comenzó en Dagba, una comunidad de la Costa Caribe de Nicaragua.

Creció hablando miskitu, acompañada por su madre, sus abuelos y sus hermanos. Sin embargo, uno de los primeros recuerdos que guarda de la infancia no tiene que ver con juegos ni con celebraciones.

Tiene que ver con su mamá.

Cuando apenas tenía ocho años presencié la violencia que su padre ejercía contra ella. Recuerda los golpes, el miedo y el silencio. Un día, después de otra agresión, su madre tomó una decisión que Sinforosa nunca olvidó. Esperó que amaneciera, reunió a sus hijos, cargó a un bebé en la espalda, repartió las pocas pertenencias que podían llevar y comenzó a caminar durante dos días hasta llegar a la casa de su propia madre. Aquella caminata le enseñó que, aun cuando parece no haber salida, siempre existe un camino para proteger la vida.

Con el paso de los años aprendió que servir a la comunidad también era una forma de honrar esa enseñanza.

Primero fue policía comunitaria. Más tarde fue elegida síndica de su territorio indígena, donde administraba los recursos relacionados con la tierra. Durante esos años ganó el respeto de su pueblo porque, según recuerda, nunca dejó de apoyar a las madres solteras, a las personas enfermas y a quienes más lo necesitaban. Después lideró un proyecto agrícola para la producción de tomate y continuó trabajando su propia finca, donde sembraba arroz, frijoles, yuca y caña, criaba animales y comercializaba madera junto con otras personas de la comunidad.

En Nicaragua había construido una vida.

Tenía tierra.

Tenía trabajo.



Tenía autonomía.

Pero la violencia que vivían los pueblos miskitos y la pérdida de sus territorios fueron cambiando ese panorama. Primero migró a Costa Rica para trabajar y ahorrar dinero. Recogió café, cortó caña, trabajó en la cosecha de naranja y realizó todo tipo de labores para sostener a sus hijos. Poco a poco logró traerlos con ella. Después abrió pequeños negocios de ropa, artículos para el hogar y otros productos. Con mucho esfuerzo compró una casa y la fue construyendo poco a poco, incluso pagando préstamos diarios muy difíciles de sostener.

Sin embargo, el año 2018 volvió a cambiarlo todo.

La situación en Nicaragua se agravó, su comunidad perdió las tierras donde vivía y ya no había un lugar seguro al cual regresar. Fue entonces cuando en Costa Rica comenzó una nueva etapa marcada por la incertidumbre, pero también por el compromiso de acompañar a otras familias que llegaban en condiciones similares.

Hoy ese compromiso tiene un nombre: la finca donde viven varias familias miskitas en Los Chiles.

Allí, junto con otras personas, levantaron paredes, limpiaron el terreno, sembraron y comenzaron de nuevo. El trabajo nunca ha sido sencillo. La tierra necesita maquinaria que no tienen. En dos ocasiones el ganado de una finca vecina destruyó completamente las siembras de yuca y maíz. Perdieron meses de trabajo y tuvieron que volver a empezar. Aun así, Sinforosa insiste en sembrar. Dice que no es para hacer negocio; es para que las familias tengan qué comer.

Cuando la cosecha falla, también falla la comida.

Ella conoce esa preocupación mejor que nadie.

Más de una vez ha llegado a la comunidad llevando pan comprado con el dinero que ganó recogiendo café. Otras veces comparte el arroz que tiene en su propia casa. Dice que, si es necesario, ella puede comer solo un poco de tiquizque o arroz con sal, pero que los niños no deberían acostarse con hambre. Cuando una madre le dice que ya no tiene qué cocinar, Sinforosa busca la manera de conseguir alimentos, jabón, pañales o cualquier ayuda que alivie esa necesidad.

Por eso muchas personas la llaman "Mamá Tara".

No es únicamente un nombre de cariño.

Es la manera en que la comunidad reconoce a quien cuida, acompaña y anima cuando las fuerzas parecen acabarse.

También ha aprendido que ninguna comunidad sale adelante sola.

A lo largo del camino ha encontrado personas y organizaciones que han creído en ellas. Fundación Río facilitó el acceso a la finca y apoyó las primeras siembras; ACNUR, iglesias y otras organizaciones contribuyeron con animales de granja, herramientas, alimentos y acompañamiento. Sinforosa reconoce ese apoyo con gratitud, aunque también habla



con honestidad de las promesas que no siempre se cumplieron y de la necesidad de escuchar más a las comunidades antes de tomar decisiones sobre ellas.

Aun así, nunca ha dejado de creer.

Cuando alguna mujer pierde el ánimo porque la cosecha se dañó o porque no sabe cómo alimentar a sus hijos, ella suele responder con serenidad. Les recuerda que ya han superado otras dificultades y que no deben dejar de trabajar. Su liderazgo no nace de grandes discursos, sino de la capacidad de mantenerse firme cuando las demás personas sienten que ya no pueden continuar.

Sinforosa todavía sueña.

Sueña con establecer un pequeño negocio dentro de la comunidad para que las familias no tengan que recorrer varios kilómetros para comprar lo más básico. Sueña con mecanizar la tierra y producir suficientes alimentos para que nadie pase hambre. Sueña con fortalecer la cultura miskita, enseñar a las nuevas generaciones sus bailes, su idioma y sus tradiciones, y abrir las puertas de la comunidad para que otras personas conozcan la riqueza de su pueblo.

Cuando le preguntan por qué sigue luchando, la respuesta aparece una y otra vez a lo largo de su historia.

Porque siente que no puede pensar solo en ella.

Mientras exista una familia que necesite apoyo, una mujer que no pueda hablar español, un niño con hambre o una comunidad que aún no encuentre un lugar donde echar raíces, seguirá caminando junto a ellos.

Ese es el camino de coraje de Sinforosa.

No es el camino de quien va delante.

Es el de quien procura que nadie se quede atrás.

Lo que este camino nos recuerda

- El liderazgo comunitario muchas veces nace del servicio cotidiano y no de un cargo formal.
- Recuperar el acceso a la tierra también significa recuperar la posibilidad de producir alimentos, fortalecer la autonomía y reconstruir la vida después del desplazamiento.
- Las organizaciones sociales, las iglesias y las instituciones pueden convertirse en aliadas fundamentales cuando trabajan junto a las comunidades y reconocen sus capacidades.
- Preservar la lengua, la cultura y la organización del pueblo miskitu también es una forma de proteger su dignidad y su futuro



Jazmín



Jazmín

"A mí la vida me enseñó a defenderme"

Jazmín tenía apenas dieciséis años cuando dejó Nicaragua para comenzar una nueva vida en Costa Rica junto a su compañero. Era casi una niña. No migró siguiendo un plan cuidadosamente pensado; simplemente siguió el camino que la vida le fue poniendo delante. Como muchas mujeres migrantes, llegó sin documentos, con miedo y con la incertidumbre de no saber qué le esperaba. Su primera hija nació mientras ella aún vivía con el temor de que, por su condición migratoria y por ser tan joven, pudieran quitársela. Ese miedo la acompañó durante mucho tiempo.

Los primeros años fueron difíciles. Vivió en cuartos prestados, durmió en el suelo, trabajó haciendo tortillas, lavando ropa, planchando, cocinando y cuidando niños para ayudar al sustento de su familia. Poco a poco fue encontrando maneras de salir adelante. Aprendió a hacer pan, aprovechó cada oportunidad de trabajo y fue construyendo una vida en Los Chiles, el lugar que terminaría convirtiéndose en su hogar.

Pero el mayor desafío estaba todavía por llegar.

Su hijo nació con una condición neurológica que cambió para siempre el rumbo de su vida. El parto fue una emergencia: el bebé venía de pie, nació sin signos vitales y tuvo que ser reanimado antes de ser trasladado a otros hospitales. A partir de ese momento comenzó un largo recorrido entre salas de hospital, albergues, traslados y tratamientos que se prolongó durante años.

Los médicos le explicaron que su hijo tendría una condición permanente y que debía aprender a cuidarlo. Ella sintió que el mundo se derrumbaba. No sabía cómo alimentar a un bebé con gastrostomía, cómo aspirar una traqueostomía o cómo enfrentar una emergencia respiratoria. Sin embargo, aprendió. Aprendió observando a las enfermeras que tenían disposición de enseñarle, preguntando, practicando y perdiendo poco a poco el miedo. Con el tiempo llegó a dominar procedimientos que jamás imaginó realizar. Incluso sus otros hijos aprendieron a cuidar a su hermano cuando ella debía salir a trabajar. La familia entera se convirtió en una red de apoyo alrededor de José.

No todo el camino estuvo acompañado de respeto. En distintas ocasiones vivió situaciones que hoy identifica como trato deshumanizado dentro de los servicios de salud. Recuerda profesionales que no escuchaban lo que ella observaba como cuidadora, decisiones médicas que provocaron sufrimiento innecesario y comentarios que marcaron profundamente a su familia. Pero también recuerda a quienes le tendieron la mano: una psicóloga que la ayudó cuando sintió que ya no podía más, profesionales que la escucharon y personas que confiaron en el conocimiento que ella había adquirido cuidando a su hijo. Aquellas experiencias le enseñaron algo que nunca olvidaría: las familias también desarrollan un saber valioso y merecen ser escuchadas.



Mientras cuidaba a su hijo, también sacó adelante a sus otros hijos. Hubo días en que no alcanzaba el dinero para comprar unos zapatos nuevos, días en que uno de ellos fue a hacer un examen con el calzado remendado con cinta adhesiva porque no quería perder clases. Hubo noches en vela, preocupaciones económicas y renunciaciones laborales. Tuvo que dejar su trabajo para convertirse en cuidadora de tiempo completo y esperar durante meses el reconocimiento de una pensión que permitiera sostener a su familia.

Con los años comprendió que cuidar no significaba únicamente atender una enfermedad. También significaba aprender a defender derechos.

Cuando la invitaron a participar en un grupo de mujeres y, posteriormente, a vincularse con Cenderos, comenzó otra etapa de su vida. Allí encontró un espacio donde podía hablar sin miedo, compartir lo vivido y descubrir que muchas otras mujeres enfrentaban dificultades similares. Poco a poco dejó atrás la vergüenza de hablar en público y empezó a asumir responsabilidades dentro del grupo, hasta convertirse en una de sus principales impulsoras. Hoy coordina iniciativas productivas de elaboración de panes, organiza reuniones, administra recursos con transparencia y acompaña a otras mujeres para que desarrollen sus propios proyectos.

Quienes la conocen saben que tiene una capacidad especial para escuchar. Ella misma dice que muchas mujeres llegan a contarle sus problemas y que, antes de aconsejar, prefiere ofrecer algo que considera indispensable: tiempo para escuchar. Sabe que no todas pueden cambiar su realidad de un día para otro porque ella también recorrió ese camino. Por eso nunca juzga; acompaña.

Cuando mira hacia atrás, recuerda a aquella muchacha tímida que llegó desde Nicaragua creyendo que debía soportarlo todo en silencio. Hoy reconoce que la vida la transformó. Aprendió a defender a sus hijos, a defenderse a sí misma y a defender a otras mujeres que todavía no saben que tienen derechos.

Su historia demuestra que el liderazgo no siempre nace de un cargo o de un reconocimiento. A veces nace en una sala de hospital, al lado de una cama, sosteniendo la mano de un hijo y descubriendo, poco a poco, que cuidar también es una forma de cambiar el mundo.

Lo que este camino nos recuerda

- Las personas cuidadoras desarrollan conocimientos y experiencias que deben ser reconocidos y valorados por los servicios de salud. Escuchar sus voces también salva vidas.
- Contar con redes de apoyo, organizaciones comunitarias y espacios de acompañamiento puede marcar la diferencia para que una mujer recupere la confianza en sí misma, fortalezca su liderazgo y acompañe a otras.
- Cuando el cuidado es compartido y las instituciones responden con sensibilidad, las familias pueden enfrentar los desafíos con mayor dignidad y esperanza.



Margarita



Margarita

...-usted también tiene problemas, ... -Eso es normal, así compartimos, somos mujeres. ¿Si yo no te apoyo, quién te va a apoyar?

Hay personas que construyen refugios con paredes.

Margarita los construye con la solidaridad.

Su casa no es grande. Es una sencilla cuartería en Pavas. Sin embargo, para muchas mujeres migrantes ha significado mucho más que un techo. Allí han encontrado un lugar seguro donde dormir cuando huyen de la violencia, cuando llegan sin familia, cuando están embarazadas o cuando no saben a dónde ir.

Margarita sabe lo que significa sentirse sola.

Migró desde Nicaragua buscando una oportunidad para sacar adelante a sus hijos. La separación del padre de ellos la dejó completamente sola en Costa Rica. Hubo días en que el dinero no alcanzaba para pagar el alquiler ni para comprar comida. Cuando no tenía qué darles de cenar, hacía pequeñas "mentiritas". Les decía a sus hijos que tomaran bastante agua porque el agua ayudaba a llenar el estómago y a quitar el hambre, y luego los animaba a acostarse temprano para descansar.

Nunca olvidó una tarde en que uno de sus hijos ayudó a una vecina a sacar la basura y ella, agradecida, le regaló un poco de pan. Ese gesto sencillo les permitió compartir algo más en la mesa y le recordó que la solidaridad también alimenta.

Con el paso de los años decidió que, si alguna vez podía hacerlo, ninguna mujer cercana volvería a sentirse tan sola como ella se sintió.

Así comenzó a abrir las puertas de su casa.

Allí han dormido mujeres que escapaban de la violencia, madres con sus hijos y jóvenes que necesitaban un lugar seguro mientras encontraban una solución. Donde apenas cabía su propia familia, Margarita siempre encontraba espacio para una persona más.

Una de esas historias fue la de una adolescente embarazada que llegó sin apoyo familiar. Margarita la acompañó al EBAIS para que iniciara su control prenatal. Aunque durante el proceso ambas fueron cuestionadas por algunas personas funcionarias, ella insistió en que la joven recibiera atención. Después la acompañó al Patronato Nacional de la Infancia (PANI), donde iniciaron el proceso para garantizar su protección por ser menor de edad, y logró contactar a sus padres para que conocieran la situación y pudieran acompañarla.

Su forma de ayudar nunca ha sido juzgar.

Prefiere escuchar.



Prefiere acompañar.

Porque sabe que cada mujer necesita tiempo para reconstruir su vida.

Mientras abría las puertas de su casa para otras personas, también procuraba cuidar de sus propios hijos. Recuerda con gratitud el apoyo recibido por el centro educativo donde estudiaban. A pesar de ser una familia migrante miskita, encontró docentes que acogieron a sus hijos con respeto, comprendieron sus necesidades y les ayudaron a integrarse. Para ella, esa experiencia demuestra que una escuela también puede convertirse en un lugar de protección y esperanza.

Su vida comenzó a cambiar cuando una lideresa comunitaria la invitó a participar en un grupo de mujeres. Más adelante conoció Cenderos, donde fortaleció su autoestima, aprendió sobre sus derechos y descubrió que también podía convertirse en lideresa. Hoy acompaña a otras mujeres, orienta sobre las rutas de atención y trabaja junto a organizaciones para que ninguna migrante tenga que enfrentar sola los momentos más difíciles.

Cuando piensa en el futuro, Margarita no habla primero de sus propios sueños.

Habla de las mujeres que todavía llegan buscando un lugar donde dormir.

Habla de las madres que necesitan una mano amiga.

Habla de las niñas y los niños que merecen crecer sin miedo.

Su historia recuerda que un refugio no siempre es un albergue.

A veces es una pequeña cuartería donde alguien decidió abrir la puerta.

Y donde una mujer descubrió que compartir un plato de comida, un colchón o una noche de tranquilidad también puede cambiar una vida.

Lo que este camino nos recuerda

- Ninguna mujer debería enfrentar sola la violencia o la migración. Contar con un lugar seguro puede ser el primer paso para comenzar de nuevo.
- Las redes comunitarias y organizaciones como Cenderos fortalecen el liderazgo de mujeres que transforman su propia experiencia en apoyo para otras.
- El acceso oportuno a los servicios de salud y protección, como el EBAIS y el PANI, es fundamental para garantizar los derechos de niñas, adolescentes y mujeres migrantes.
- Las comunidades educativas también pueden convertirse en espacios de inclusión cuando acogen con respeto a las familias migrantes y reconocen la diversidad cultural.



Camino que apenas comienzan

Las siguientes historias corresponden a Cristi y Fanny, dos jóvenes mujeres miskitas que representan una nueva generación que comienza a abrir su propio camino. Han crecido observando el compromiso de las lideresas de su comunidad y hoy empiezan a participar, aprender y asumir nuevas responsabilidades. Sus historias muestran que el liderazgo también se construye paso a paso, pero nos invitan, al mismo tiempo, a imaginar un futuro donde las nuevas generaciones puedan ejercer plenamente sus derechos y elegir libremente cómo vivir, sin que la organización comunitaria sea una condición para proteger aquello que debería estar garantizado para todas las personas



Cristi



Cristi

“...Quiero saber qué es lo que hacen en esos talleres..”

Cristi tiene 22 años y llegó a Costa Rica hace aproximadamente dos años junto con su familia. Como muchas otras familias miskitas, dejó atrás su comunidad después de haber sido desplazada de sus tierras. Antes de llegar a Costa Rica pasaron por Honduras, donde vivieron momentos de gran incertidumbre. Allí buscaron trabajo para conseguir comida, pero también enfrentaron maltratos, golpes y humillaciones. Solo cuando cruzaron la frontera hacia Costa Rica sintieron que podían empezar a respirar de nuevo.

La vida en Los Chiles tampoco ha sido sencilla. Adaptarse a un nuevo país, aprender otro idioma y comenzar de nuevo requiere tiempo. Sin embargo, Cristi reconoce que, a pesar de las dificultades, sus hijos pueden estudiar y su familia ha encontrado un lugar donde reconstruir poco a poco la vida.

Su historia tiene una particularidad.

No comenzó participando en organizaciones ni buscando convertirse en lideresa.

Comenzó haciendo preguntas.

Un día vio que otras mujeres de la comunidad asistían a talleres y le preguntó a Sinforosa qué ocurría allí. Quería entender de qué hablaban, qué aprendían y por qué aquellas reuniones eran importantes. Cuando tuvo la oportunidad de asistir por primera vez, escuchó las experiencias de otras mujeres y descubrió que esos espacios también podían ser para ella. Al regresar a casa volvió a preguntar cuándo habría otro encuentro porque quería seguir participando.

Ese deseo de aprender es lo que hoy marca su camino.

Cristi todavía no ocupa un cargo dentro de la comunidad. Ella misma reconoce que apenas está comenzando a involucrarse. Pero observa con atención cómo otras mujeres organizan actividades, buscan soluciones para la comunidad y acompañan a quienes más lo necesitan. Comprende que el liderazgo no aparece de un día para otro; se aprende caminando junto a otras personas.

También conoce las dificultades que enfrenta la comunidad donde vive. Sabe lo complicado que resulta trasladarse para recibir atención médica, las largas caminatas hasta el transporte, las limitaciones del idioma y los desafíos que enfrentan las familias que llegan sin documentos. Ha visto cómo muchas personas dependen unas de otras para resolver situaciones cotidianas y cómo la organización comunitaria ha permitido enfrentar problemas que, en realidad, deberían encontrar respuesta en las instituciones.

Cuando habla del futuro no menciona grandes proyectos personales. Lo que expresa con claridad es su interés por seguir aprendiendo. Quiere asistir nuevamente a los talleres,



conocer más y comprender mejor cómo puede aportar a su comunidad. Esa disposición para aprender es, quizá, el primer paso de su liderazgo.

Cristi pertenece a una generación de mujeres que empieza a recorrer un camino abierto por otras lideresas. Sin embargo, su historia también invita a hacer una reflexión.

Las comunidades se organizan porque esa organización les permite enfrentar dificultades que viven todos los días. Pero el objetivo no debería ser que las mujeres tengan que dedicar gran parte de su vida a suplir aquello que aún no garantiza plenamente la sociedad. El verdadero horizonte es que puedan elegir participar en su comunidad desde la libertad, el interés y el deseo de fortalecer su cultura, y no porque esa sea la única manera de proteger sus derechos.

Hoy Cristi continúa aprendiendo.

Y en cada pregunta que hace, en cada taller al que decide asistir y en cada paso que da junto a otras mujeres, comienza a construir su propio camino.

Lo que este camino nos recuerda

- La participación comunitaria muchas veces comienza con la curiosidad, el deseo de aprender y la posibilidad de compartir experiencias con otras personas.
- Crear espacios accesibles de formación fortalece la confianza de mujeres que, poco a poco, descubren nuevas maneras de participar en sus comunidades.
- Las jóvenes migrantes también tienen derecho a imaginar un futuro donde puedan estudiar, trabajar, desarrollar sus proyectos de vida y conservar su identidad cultural sin que la defensa de sus derechos dependa exclusivamente de su capacidad para organizarse.
- El liderazgo comunitario también se aprende. Contar con mujeres que abren espacios para las nuevas generaciones fortalece la continuidad de los procesos comunitarios y amplía las oportunidades para que más personas participen.



Fanny



Fanny

“...los jabones no se malea,...puedo andarlo a ofrecer a la gente. Y así sí puedo vender”

Fanny tiene 31 años y lleva alrededor de dos años viviendo en Costa Rica. Llegó después de que los colonos expulsaran a su familia de la tierra donde vivían en Nicaragua. Desde entonces ha tenido que acostumbrarse a otro país, a nuevas formas de trabajar y a un idioma que todavía está aprendiendo.

Dice que aún no se siente completamente como si estuviera en su país, pero poco a poco se ha ido acostumbrando a vivir aquí. Que sus hijos estén estudiando es uno de los aspectos positivos que reconoce de esta nueva etapa. También encuentra cercanía en la comida miskita y en las costumbres que puede conservar junto a su comunidad.

El comienzo de la vida escolar no fue sencillo. Algunas familias llegaron sin partidas de nacimiento, notas u otros documentos porque tuvieron que salir durante la noche o porque sus papeles se mojaron en el camino. Después de explicar esas circunstancias, los niños y las niñas pudieron ser matriculados.

El idioma fue otra dificultad. Al principio no comprendían el español y les costaba seguir las clases. Con el tiempo han ido aprendiendo, aunque la comunidad también vivió con tristeza que en la escuela se les prohibiera hablar miskitu. Para las familias, aprender español es importante, pero eso no debería obligar a sus hijos a renunciar a su lengua ni a una parte fundamental de su identidad.

Fanny también ha comenzado a participar en talleres y encuentros con otros grupos. Allí escucha conversaciones sobre la crianza, las relaciones familiares, la convivencia con otras personas y las maneras de reconocer y abordar situaciones de maltrato. Ella identifica estos espacios como una oportunidad para aprender asuntos que antes no conocía y, al mismo tiempo, practicar poco a poco el español.

El acceso a la salud ha mejorado desde que recibió su carné y pudo iniciar los trámites de aseguramiento. Señala que ha recibido atención y citas para realizarse exámenes. Sin embargo, llegar a los servicios continúa siendo difícil. Para asistir a una cita en Los Chiles debe salir de la comunidad alrededor de las tres y media de la madrugada y caminar hasta el punto por donde pasa el transporte. Debe hacerlo aun cuando llueve, porque perder el autobús puede significar perder también la cita.

En Veracruz existe un EBAIS, pero no cuenta permanentemente con personal médico. En una emergencia, las familias dependen de trasladarse hasta Los Chiles, mientras que la ambulancia no siempre llega hasta donde viven. De esta manera, tener derecho a la atención no garantiza necesariamente poder acceder a ella a tiempo.

Fanny quisiera generar sus propios ingresos. Considera difícil trabajar para otras personas porque aún no domina el español y porque las formas de trabajo en Costa Rica



son distintas de las que conocía. Por eso prefiere pensar en una actividad propia que pueda combinar con el cuidado de sus hijos.

Entre sus ideas está aprender a elaborar jabones y perfumes. Le interesa que sean productos que no se dañen rápidamente y que pueda ofrecer caminando en distintos lugares por que en la comunidad donde vive, no hay electricidad. También expresa disposición para estudiar si surge una oportunidad que le permita continuar atendiendo a su familia y desarrollar su trabajo. Emprender también representa un reto importante en las condiciones de vida por la ausencia de electricidad, distancias largas, limitados medios de transporte y caminos inadecuados.

Dentro de la comunidad ya tiene una responsabilidad concreta. Su nombre quedó registrado para atender los asuntos relacionados con el pago y la administración del agua. Cuando surge algún problema con ese servicio, debe participar en las gestiones necesarias. Es una tarea cotidiana, pero importante, porque el agua sostiene la vida de todas las familias.

También comparte el interés de que la cultura miskita pueda mantenerse viva en la finca. Habla de recuperar los bailes, los cantos y otras expresiones culturales, siempre que existan apoyo y recursos para hacerlo. No se trata únicamente de recordar el lugar del que vienen, sino de que las nuevas generaciones puedan crecer reconociendo su idioma y sus tradiciones.

Fanny todavía está aprendiendo español, conociendo las instituciones y explorando maneras de generar ingresos, así mismo sigue en camino de construcción como lideresa. Y el horizonte debería ser que ella pueda estudiar, trabajar, cuidar de sus hijos y conservar su cultura sin tener que demostrar una fuerza extraordinaria para acceder a condiciones básicas de vida.

Lo que este camino nos recuerda

- Aprender español puede facilitar el acceso a servicios, pero nunca debería exigir que niñas, niños y familias abandonen su lengua materna.
- Recibir una cita médica no basta cuando la distancia, los horarios del transporte y la ausencia de personal dificultan llegar a la atención.
- La formación y los talleres pueden acercar información útil, siempre que respeten los tiempos, el idioma y las experiencias de las participantes.
- La posibilidad de estudiar y desarrollar un trabajo propio debería estar acompañada por condiciones que permitan conciliar los ingresos, la crianza y una vida digna



Un camino que continúa

Los caminos de coraje no terminan aquí. Continúan en cada mujer que decide seguir caminando y recuperar su voz; y en cada comunidad que, desde la solidaridad, se organiza para cuidar la vida, derribar las barreras que excluyen y abrir nuevos caminos donde la dignidad, la esperanza y la justicia puedan ser compartidas por todas las personas.

Las historias de este libro muestran que la organización comunitaria puede transformar vidas. Cuando los derechos no llegan a todas las personas, son las comunidades quienes sostienen la vida: acompañan, traducen, cuidan, alimentan, orientan y construyen redes para que nadie tenga que enfrentar solo la adversidad.

Sin embargo, estas páginas también nos invitan a hacernos una pregunta que no deberíamos dejar de lado:

¿Hasta cuándo las mujeres migrantes tendrán que organizarse para garantizar derechos que deberían estar plenamente asegurados? ¿Hasta cuándo deberán sostener, con su tiempo, su trabajo y su esfuerzo, aquello que una sociedad justa tendría que garantizar sin excepción?

Las mujeres de *Caminos de Coraje* nos enseñan que la solidaridad transforma comunidades, pero también nos recuerdan que la resiliencia no puede convertirse en una exigencia permanente. Ninguna persona debería tener que ser extraordinariamente fuerte para vivir con dignidad.

El mayor reconocimiento que podemos hacerles no es admirar su capacidad para resistir. Es comprometernos a construir una sociedad donde sus derechos no dependan de su capacidad para organizarse, donde la protección no recaiga únicamente en las redes comunitarias y donde ninguna mujer tenga que sobrevivir antes de poder vivir.

Porque el verdadero horizonte no es que existan más caminos de coraje. Es construir un mundo donde el coraje ya no sea una condición para acceder a una vida digna; donde organizarse sea una elección para fortalecer la comunidad, preservar la cultura y compartir la vida, y no una necesidad para defender derechos que pertenecen a todas las personas.





OXFAM



FLACSO
COSTA RICA



LANKIDETZARAKO ETA
ELKARTASUNERAKO
EUSKAL AGENTZIA
AGENCIA VASCA DE
COOPERACIÓN Y
SOLIDARIDAD

